PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edicion francesa.

CONTINUACION—*Empieza en la páj.* 396

CAPITULO XVI.

La Eleccion--El Sábado.

(Continuacion.)

Fuénos preciso detenernos mas de una vez. Todos los guardas del camino estaban en su puesto aguardando al nuevo gefe; yo tranquilicé á esa buena jente acerca de mi benevolencia, al paso que mi mujer y mis hijos prodigaban sus mas graciosas sonrisas. Habiamos nacido para ser príncipes.

Lo único que me contrarió fué el hallar barreras de trecho en trecho. En esto reconocí la mezquindad democrática que hace pagar el servicio á los que de él aprovechan, para exonerar en otro tanto á los que ese servicio no les alcanza. Yo me prometia correjir semejante abuso no conocido en la vieja Europa, y establecer en todas partes una triunfante igualdad.

Por lo demas, esta molestia no prevaleció sobre los magníficos ramilletes que los recaudadores de barrera y los principales guardas del camino ofrecian á Jenny y á Susana. El carruaje era una canasta, donde nosotros desapareciamos en medio de las flores. Nos arengaron como á reyes. Buenas jentes que sin saber, de cierto, el hebreo no dejaban de comparar á mi Susana al lírio del campo. Jenny, sonrojada de placer, tenia el aire de una rosa abierta. En cuanto á Marta, era una flor de peonia; y hubiérase dicho que íbale á brotar sangre de sus mejillas de carmesí: resollaba como un buey en el estremo del asiento. ¡Oh mujeres, vuestro verdadero nombre es vanidad!

Por mi parte, estendido muellemente en un rincon de mi coche, no me dejaba embriagar por aquel humo de naciente popularidad; pero en mi alma y conciencia, reconocí que las calles estaban en un estado admirable, y daba al diablo al miserable rocin que el dia antes habia rodado sobre un empedrado conservado por camineros tan galantes.

Al llegar á Montmorency el cochero sin haber recibido órdenes nos condujo en derechura á la posada de la Rosa, á casa de Seth, el cuáquero. Alfredo y Susana no hallaron compasion en ese amigo de la juventud. En vez de tratarnos como á enamorados, hízonos pagar doble por una comida pésima; reclamé, pero á su natural codicia, el hermano Seth unia el mas insoportable de los vicios que da la civilizacion: el tunante era economista. Me echó un sermon en tres partes, para demostrarme que vivir bien y á poca costa era la miseria de los pueblos, sin comercio y sin industria, mientras que la carestia es la señal de la civilizacion mas adelantada: la poblacion reduciendo la oferta y la riqueza elevando la demanda. Vendrá un dia en que únicamente el último de los Rothschild estará en estado de pagar un huevo, y ese dia señalará al apojeo de la prosperidad universal. Siquiera para economizar palabras y tiempo pagué en el acto. Dios me libre de discutir con semejantes fanáticos, que solo una idea tienen. Conozco mucho á esos tunantes; la Francia, sus arsenales, su marina, sus ejércitos, su gloria sus derechos, todo se lo entregarian al Gran Turco, si les ofreciera en cambio la libertad de....de la carniceria.

Las cuatro eran cuando nuestra caravana volvió á tomar el camino de Paris. Con gran sorpresa mia, ví que cerraban con barras de hierro las puertas y ventanas de la posada, como si hubiese duelo en la casa. Era ese un estraño modo de festejar la aproximacion del domingo, pero en semejante pais, hecho al reves de los otros, es prudente no sorprenderse de nada.

El amigo Seth venia á la ciudad con nosotros, montado en un caballo grande al que daba sombra con su enorme sombrero. A su lado sobre un jumento tordillo, de larga cola, trotaba Marta, erguida, derecha, ríjida y majestuosa como un carabinero. Eran dos batidores que marchaban á vanguardia para anunciar nuestra entrada triunfal á los transeuntes.

En la primera barrera encontré al pacífico cuáquero disputando con el recaudador.

—Dígole, gritaba este, que usted no ha de pasar ántes de pagar el impuesto. Ustedes son dos, hay pues que pagar veinticuatro centésimos y no doce.

—Amigo, contestábale el posadero, haces mal en calentarte la sangre;eso no es propio ni de un hombre razonable ni de un cristiano. Mira tu tarifa, y no pidas mas de lo que te permite la ley exijir, de lo contrario te harás culpable del crímen de concusion.

—Aquí está la tarifa, repuso furioso el recaudador; leala usted mismo, charlatan insoportable. Ocho centésimos por caballo y cuatro por hombre, ¿no es claro?

—Clarísimo, dijo el cuáquero; asi es que pongo por testigos á estas personas respetables de que te he pagado doce centésimos.

—¿Y aquella mujer? dijo el recaudador, señalando á Marta que iba trotando adelante.

Pues bien, contestó Seth con su gravedad imperturbable, aquella mujer no es un hombre ni su jumento un caballo, luego pues ella nada te debe.

Dicho lo cual partió al galope, dejando aturdido al recaudador.

—Espero, dije á este que va usted á levantar una sumaria contra ese imprudente?

—No señor inspector, contestó, nosotros perderiamos. Ese hombre es un tunante que haria pasar un coche de cuatro caballos por en medio de nuestras leyes sin atascarse nunca. Tiene á su favor la letra de la tarifa.

—El espíritu de la ley le condena, repliqué. Su pretension es absurda.

—Señor, respondió aquel hombre, entre nosotros la ley no tiene espíritu. No se conoce de ella mas que el testo. Se dice que si el juez interpretase la ley seria legislador; ya no tendrian garantia el derecho ni el honor de los ciudadanos.

—¡Qué ignorantes! esclamé. ¿No se les ha enseñado pues el *a*, *b*, *c* de toda legislacion? Cuando hay dudas en un asunto que versa entre el fisco y un particular, ¿no aprovecha la duda al flasco, que representa el interes general?

—Nunca, señor, dijo el recaudador. Siempre se resuelve á favor del ciudadano. Se necesita que el fisco tenga dos veces razon para ganar su pleito.

—¿Qué hacer ante tanta ignorancia? Me encojí de hombros y dí órden al cochero de continuar su camino.

Al entrar en la ciudad, creí que la habian cambiado durante mi ausencia. Calles y plazas estaban desiertas; tras de nosotros estendian gruesas cadenas que impedian la circulacion. Las ventanas ofrecian un espectáculo singular. En todas ellas se veian botas dispuestas en batalla y presentando las suelas á los transeuntes, si hubiera habido transeuntes. Siguiendo con la vista dos de esas botas, acabé por notar piernas humanas; luego un cuerpo echado y por fin un cigarro cuyo humo azulado se alzaba al cielo.

Yo no podia esplicarme cuál era el delito que se castigaba con aquel suplicio. Zambo á quien interrogué con destreza, me hizo saber que ese era el placer de moda. Todos los sábados por la tarde, el yankee trata de darse un ataque de apoplejía; algunos lo consiguen. ¡Cuanto mas prudentes somos nosotros los franceses, que en nuestras salas de espectáculo no nos esponemos jamás sinó á un principio de asfijia!

Llegados á casa, tuve deseos de concluir alegremente aquel dia dichoso. Rogué á Susana y á Henrique que me cantasen mi aire favorito de don Juan: *Lá ci darem la mano.* Susana me miró y perdió el color.

—¿Qué tienes hija mia? esclamé; ¿estas enferma?

—Padre, me contestó, lo que me espanta es el deseo que usted manifiesta. ¿Quiere usted amotinar la ciudad delante de nuestra casa? ¿Quiere usted perder nuestra reputacion? ¿Olvida usted que ha comenzado el sábado, que nada debe turbar el decanso del Señor?

—Buen dios! dije para mí, ¿por ventura al trasladar nos á América el traidor Jonathan nos habria trocado en judios? Perdóname hija mia, dije á Susana, he tenido una distraccion. Los acontecimientos del dia me hacen perder la memoria! Ve á traerme de la biblioteca mi gran Hipócrates. No me vendrá mal reposar la cabeza leyendo un poco de griego. Nada hay que sea tan refrijerante.

Por toda contestacion, Susana se sentó en mis rodillas, pasó su mano por mi frente y me abrazó.

—Pobre padre mio, dijo, cuán fatigado está! Vea usted mamá, se olvida de que en la tarde del sábado no se lee mas que la biblia.

No habia remedio, yo era judio sin saberlo. Lo que no obstante me hizo dudar un poco, fué que al abrir la biblia de familia hallé en ella los evanjelios y pude leer en San Màrcos que "el Sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado." Estas palabras me hicieron reflexionar; pero por no lastimar á nadie, guardé mis reflexiones para mí, y bajé al jardin dejando á las dos mujeres engolfadas en su piadosa lectura.

La tarde estaba hermosa, los árboles ostentaban la frescura de su naciente verdor, el sol se ponia en una nube de oro. Todo invitaba á dar vuelo á la fantasía. Estaba cansado; entré en el kiosco chinesco, me tendí en el divan y encendí un cigarro. Cerca de mí habia un sillon rústico que de nada servia; puse mis piernas sobre el respaldar, y noté avergonzado, que la moda americana era buena en efecto.

Oculto tras de la persiana del kiosco reposaba yo, fijos los ojos maquinalmente en Zambo, que en un rincon del jardin estaba rompiendo piedras de asperon para limpiar sus cuchillos.

El pobre muchacho estaba todo ocupado en su trabajo, cuando Marta salió de la cocina, como araña que se arroja sobre una mosca.

—Hijo de Cham, díjole á la vez que le arrancaba el martillo de la mano, ¿qué haces ahí?

—Ya lo vé usted, señorita, estoy rompiendo piedras.

—Desventurado! esclamó Marta, estas quebrantando el sábado.

Zambo echó á huir con un aire condolido; pasó suspirando cerca de mi asilo; luego notando que la gata de la casa habia cojido un raton, le dijo:

—¡Cuidado Bajá! Si cazas ratones en dia sábado, el lúnes te colgará Marta.

Yo me reia todavia de la tonta cara del negro, cuando dos personas vinieron á sentarse en un banco colocado delante del pabellon y tan cerca de mí, que no perdia una sola palabra de su conversacion. Reconocí al amable Seth, que se aprovechaba de la soledad, del sábado y de la tarde para decir un sermon á la bella Marta.

—Querida hermana, decíale con una grotesca gravedad y escuchándose cada palabra, tres cosas hay que me admiran en estremo. La primera, que los niños sean tan tontos que arrojan piedras y palos á los árboles para voltear la fruta; si los niños quisieran permanecer quietos, amaneceria un dia en que la fruta se caeria por si sola.

Mi segunda admiracion, es que los hombres en jeneral y particularmente los americanos, sean tan locos y tan perversos que se hagan la guerra y se maten entre sí; permaneciendo quietos, se moririan muy naturalmente.

La tercera y la última cosa que me admira, es que los jóvenes sean tan faltos de razon que pierdan su tiempo corriendo tras de las muchachas con quienes desean casarse; mientras que si permaneciesen en sus casas é hiciesen en ella fortuna, las muchachas correrian tras de ellos. ¿Qué dices sobre esto Marta?

—Seth, digo que tienes la sabiduria del rey Salomon, pero que tienes tambien su vanidad.

—Marta! esclamó el cuáquero enternecido, tú tienes tanto injenio como belleza.

—Seth, contestó Marta, siempre cansada, tú no piensas en lo que dices.

—Bravo! dije para mi, en América se aman. Hé ahí un

empleo del sábado que yo no habia imajinado. Este pueblo de mercaderes que calcula todo y que no vive mas que para enriquecerse, háse condenado al descanso forzoso una tarde por semana, con el fin de chancelar en ese dia deudas de la juventud y del amor. Veamos pues como se declarará maese Seth.

Despues de mil rodeos, el enamorado cuáquero llegó en ese punto á la palabra que segun todas las apariencias era aguardada hacia largo tiempo.

—Marta, dijo exhalando un prolongado suspiro, Marta, ¿me amas tú?

—Seth, contestó la buena cristiana, ¿no nos ha sido mandado amarnos los unos á los otros?

—Si, Marta; pero lo que yo te pregunto, es si tú sientes hácia mí algo de ese sentimiento particular que el mundo llama amor?

—No sé que responder, balbuceó la tímida tórtola. Siempre he procurado amar de igual modo á todos mis hermanos, pero ya que es menester confesártelo Seth, con frecuencia cuando me he concentrado en mí misma, he creido que en esa jeneral afeccion, tú alcanzabas mas parte de la que te correspondia.

La confesion estaba ya hecha, y no habia como desdecirse. Creo que oí un enorme beso que ponia el sello á los esponsales, cuando repentinamente dió Marta un grito horrible y saltó encima del banco. Un perro enorme, un terranova, se habia bruscamente arrojado en medio de aquel coloquio amoroso. Me levanté y noté en la sombra los blancos dientes de Zambo. El bribon se reia á carcajadas; el habia sido quien por vengarse de la cuáquera, habia abierto la puerta de la casa y echado sobre Marta el importuno tercero que la habia espantado.

A mi me gustaba poco el cuáquero, pero no pude menos de admirar su firmeza y su apacibilidad. Lejos de temer al perro, le llamó y sacando del bolsillo un terron de azucar, se lo ofreció; el animal dejóse fácilmente seducir y acariciar.

—Amigo mio, dijo el santo varon, hablando con el perro que le miraba moviendo la cola, has venido á perturbarme en el mas dulce instante de mi vida; otro que no fuese yo te habria castigado ó te habria muerto y habria estado en su derecho; yo voy á mostrarte la diferencia que existe entre un cuáquero y el comun de los hombres. Por ùnica venganza me contentaré con darte un nombre feo.

Dicho lo cual, y acariciando al perro que le seguia saltando por conseguir otro terron de azucar, Seth condújole con urbanidad hasta la puerta; luego cerrando de golpe la verja, empezó á gritar con todas sus fuerzas: *Perro rabioso! perro rabioso!*

En un instante no se vieron ya botas en las ventanas. Millares de cabezas miraban y amenazaban al enemigo. Piedras, palos, muebles llovian sobre el animal como granizo. Un tiro le derribó antes que llegara al fin de la calle, y cayó para no levantarse mas, dando un aullido que resonó en el fondo de mi corazon.

Yo agarré furioso á Seth por el cuello y lo arrojé fuera.

—Miserable, le dije, no sé qué me detiene para no gritar: *Cuáquero rabioso!* para hacerte matar á palos como á ese pobre animal.

—Amigo Daniel, respondió Seth levantando su sombrero, yo te volveré á encontrar.

Y se alejó friamente.

—Suba usted á su aposento, señorita, dije á Marta. ¿Qué hacia usted en el jardin á estas horas?

—Dios mio! dijo sollozando. Señor, lo que yo hacia no era malo; buscaba únicamente un yerno para mi madre!

La cólera me sofocaba.

—Ah! esclamé, cuántos hay que se llaman y que acaso se creen virtuosos, que hacen lo mismo que esta hipócrita! Se les admira como á honrados y santos, mientras no se trata de un enemigo; pero se libran de él dándole un feo nombre. ¡Calumnia! ¡calumnia! tú solo eres la forma del asesinato en los pueblos que se envanecen con su civilizacion. ¡Vergüenza para aquellos miserables que se sirven de esa arma emponzoñada, aunque sea para matar á un pobre perro!

Fatigado de mi elocuencia solitaria, me acosté, mas nó sin pensar en la penosa jornada que me ofrecian para el otro dia los primeros placeres del sábado naciente. ¡Cuanto sentia la privacion de la franca alegria de los domingos parisienses!

¡Franceses! esclamé, pueblo amable y caballeroso, deja á las naciones groseras que se envanezcan con su industria febril y con su fatigante libertad. Echa lejos de tí á esos fieros demócratas, melancólicos soñadores, pues si los escucharas harian de tí un rival del ingles y del americano. Amigo del vino, de la gloria y de la belleza, tu parte es la mejor. Abandona el imperio del mundo á esos descoloridos trabajadores que toman la vida á lo serio; conserva para tí tu lijereza incorrejible y encantadora. Diviérte, frances; haz la guerra y el amor; olvida el mundo y la política, pues si reflexionaras, no volverias à reir.

CAPITULO XVII.

Viaje en busca de una iglesia.

Al otro dia me levanté al amanecer. Un hombre público debe dar el ejemplo, y no me disgustaba el hacer admirar á los yankees el celo y la vijilancia de su nuevo edil. Largo fué mi paseo; el empedrado me pertenecia. Seguia con ojo celoso á todos esos transeuntes que encajaban el paso en fila como patos y que cavaban un surco en mis veredas.

La anarquia reina en la calle; cada cual va y viene por ella á donde se le antoja y como le place. Es un escándalo. Yo no comprendo como es que no se dicta una ley para obligar á la jente á andar á voluntad del gobierno. A la Francia, la reina del órden y de la decencia, corresponderia el correjir este último abuso.

Al acercarme á mi casa, ví á Zambo vestido de negro como un *gentleman*, con chaleco, corbata, medias y guantes de admirable blancura. Tenia el aspecto de una picaza. No bien me reconoció de lejos, corrió hácia mí ajitando los brazos con impaciencia.

—Señor, me gritó; ya todos están en la iglesia; venga usted que le están aguardando.

Y puso en mis manos un gran libro forrado en piel curtida y cerrado con broches de plata.

—¿Están en misa las señoras? le pregunté.

—¡En misa! dijo con asombro. Mi señora es cristiana.

—¡Imbécil! por ventura los católicos son turcos?

—Señor, dicen que los papistas son como los paganos de Africa; que tienen *vaudous*.

—¿Qué es un *vaudou*?

—Es un dios chiquito, que cada uno se hace á si mismo, pero que no es el Dios verdadero.

—¿Eres tan tonto para creer que los católicos adoran un ídolo? Eso es bueno para ustedes, salvajes del Senegal.

—Señor, dijo Zambo abriendo los ojos, los papistas rezan á estátuas. Yo les he visto arrodillados delante de ellas.

—¿Y tú no has comprendido que no se invoca á esas piedras sinó á los santos de que son imájen las estátuas?

—Yo no soy un sabio, señor, dijo el negro con aire contrito; pero el ministro que todo lo sabe, nos ha advertido con frecuencia que no hagamos lo que hacen los papistas que adoran á idolos.

—Oh predicadores! esclamé, en todas partes sois los mismos! No hay nada mas fácil que conocer la fé católica. Basta para eso abrir un catecismo; pero el ódio no quiere instruirse; lo que há menester es ultrajar la comunion mas grande del globo. Continuad en esa obra abominable, digna de vuestro padre, el diablo. No hemos de ser nosotros, los católicos, vuestras víctimas, los que hayamos de emplear contra vosotros las terribles represalias de la calumnia. Nos basta la verdad.

Todos saben que Lutero y Calvino son dos malvados que por ambicion y por codicia, han estraviado el espíritu humano, embriagándole de orgullo y de vanidad. La mentira ha enjendrado á la reforma, la filosofia á la revolucion, la revolucion á la anarquia, la anarquia á....

—Señor, dijo Zambo, incapaz de comprender una palabra siquiera de mi santa cólera. Si los papistas son cristianos, mucho mejor entonces, me alegro.

—¿Porqué mucho mejor?

—Porque Jesucristo murió por todos los que le invocan; y él ha de salvar á los papistas como á los demas cristianos.

—Zambo, amigo mio, díjele con uu soberano desden al ver tanta simpleza, tú nunca serás un teólogo. Márchate á tu iglesia, no te retengo mas; ¿dónde estan las señoras?

— La señora está en la iglesia episcopal [1] con toda la alta sociedad de la ciudad. La señorita está en el templo de los presbiterianos.

—¿Con su hermano, por supuesto?

—No señor, con el hijo del señor Rose. El señor Henrique está en la iglesia de los baptistas.

—Perfectamente, dije suspirando; y tú Zambo, vas sin duda á reunirte con Marta?

No, señor, no esclamó; la señorita Marta es tunkerian, y yo soy metodista. Nosotros, pobres negros á quienes los blancos rechazan de sus templos, somos todos de la misma religion.

—Ya! ustedes tienenuna iglesia negra y un cristianismo de color. Anda, amigo mio, y reza á Cristo á tu manera. En medio de todas esas sectas enemigas que se arrebatan los jirones del Evanjelio, el Señor ha de reconocer á los suyos.

En tanto que Zambo se alejaba á grandes pasos, yo andaba lentamente con la cabeza inclinada. El descubrimiento que acababa de hacer me anonadaba. Mi casa, mi refujio en todas mis penas, no era sino una Babel, la madriguera de todas las herejias. El marido católico, la mujer anglicana, la hija presbiteriana, la sirviente cuáquera, el criado metodista, teniendo cada cual una fé distinta y contrarias esperanzas! ¡Qué confusion! qué anarquía! Eso era tener el infierno en mi misma casa; y no obstante esto Jenny me amaba con pasion, mis hijos no eran dichosos sinó á nuestro lado; los sirvientes me respetaban; en torno mio solo veía rostros felices y satisfechos. Todos leian la biblia á su modo, cada cuál tenia su símbolo particular, y sin embargo nadie reñia. En parte ninguna la unidad, do quiera el amor, la concordia. Era un desmentido á las ideas de mi infancia, un misterio que confundia mi razon.

—No, me decia, no soportaré este desórden moral. Esto es una paz finjida; esas flores me ocultan un abismo. Si esto dura, estoy perdido. Quiero que en mi casa todos piensen como yo ó enmudezcan; necesito que haya uniformidad. Poco importa que yo sea cristiano á medias; soy católico en cuerpo y alma. Así en la iglesia, como en el estado y en la familia no debe haber mas que una sola voluntad. Si es preciso emplearé un saludable rigor; aterraré á mi mujer, amenazaré á mis hijos, echaré de casa á los criados: todo lo sacrificaré para imponer obediencia ó silencio. Soy francés, ¡viva la unidad!

En estas juiciosas reflexiones pasaba el tiempo. Daban las diez cuando entré en la calle de las Acacias, inmensa via que no cedia ni á la calle de Rívoli en majestad y en estension, con la diferencia de que á cada cien pasos levantaba con altivez hácia el cielo su campanario ó su cruz algun monumento griego, bizantino ó gótico. En un pais donde cada uno se hace su relijion, natural es tropezar con una iglesia á cada paso.

No era fácil reconocerse en aquel dédalo. Me dirijí á una buena mujer que iba cerca de mí con su libro en la mano, y le rogué me indicase el templo de los congregacionalistas.

—Nada mas fácil, señor mio, contestó la anciana con una amable sonrisa. Es algo distante, pero con mis señas llegará usted allá sin fatiga. No se fije usted en las iglesias que quedan á su izquierda; el templo de los congregacionalistas está á la derecha. Ahora cuente usted los campanarios, no puede equivocarse.

La primera iglesia, añadió con la blubilidad de una mujer que pasa las cuentas de un rosario, la primera iglesia es san Pablo, capilla católica; la segunda el convento de las Ursulinas, la tercera la iglesia episcopal, la cuarta el convento de capuchinos, la quinta pertenece á los baptistas, la sesta á los holandeses reformados, la sétima á los luteranos, la octava á los negros metodistas, la novena es la sinagoga judia, la décima el templa chino. Véale usted allá con su doble techo y sus campanillas.

Llegado allá, no tendrá usted mas que hacer que bajar y encontrará á los memnomitas, en seguida de estos á los alemanes reformados, despues de estos á los amigos ó cuáqueros; despues de los cuáqueros á los presbiterianos, los moravos, los blancos metodistas, los unitarios, los unionistas, los tunkerianos. Cuente usted luego cuatro

(1) Nombre de la iglesia anglicana en los Estados Unidos.

iglesias, la que se titula por escelencia iglesia de los *cristianos*, luego la iglesia libre, luego la de Swedenborg y por fin la de los universalistas; en todo veintitres templos ó capillas; el vijésimo cuarto monumento, que se halla casi en media calle, es la iglesia congregacionalista.

Despues de haberme espetado esta letanía sin descansar, el hada me hizo una cumplida reverencia y siguió su camino.

—A fé mia, me dije, que si el diablo perdiese su relijion (supongo que en el infierno hay alguna razon para creer en Dios), la encontraria en esta calle. Hé aquí un país donde el ministerio de cultos no ha de ser una prebenda.

En Francia, donde el estado solo tiene cuatro relijiones (no cuento la Arjelia), la administracion suele tener horas difíciles; pero ¿cómo se hace aquí para distribuir el presupuesto y tener en paz treinta iglesias cada una de las cuales tira de su lado y que indudablemente se envidian y se escomulgan cristianamente?

Problema es este que no me encargo de resolver. ¡Viva España! hé ahí un pueblo fiel á la tradicion y que ha conservado los verdaderos principios! El pais es un damero en el cual cada cosa tiene su casilla, donde el cuerpo y el alma son igual y uniformemente administrados. Todo es fácil, merced al matrimonio de la iglesia y el estado. Se tiene un obispo lo mismo que se tiene un prefecto, un cura como un correjidor. Funcionarios espirituales ó temporales, tienen su lugar designado en los mismos cuadros y andan al mismo paso.

Nacimiento, bautismo, educacion comunion, conscripcion, confesion, impuestos, prensa; defuncion, inhumacion, todo se enlaza entre sí. La iglesia es la autoridad, la autoridad es la iglesia. Se escomulga á los desertores y á los periodistas, se manda á galeras á los herejes.

El pueblo, ese niño eterno, es conducido por la bondad ó por la fuerza y sin que él se cure de ello, al fin que le han escojido sin consultarle. Admirable policia que era la dicha de la cristiandad ántes que el abominable Lutero hubiese desencadenado de un mismo golpe la libertad relijiosa y la libertad civil, doble peste de que ya no sanará el mundo! Desde que se ha dejado al hombre el cuidado de su alma y de su vida, no hay mas religion ni gobierno.

Llegado que hube al convento de los Ursulinias entré en él. Hallar otra vez el culto de mi pais, era acercarme á la Francia de la que me alejaba la suerte envidiosa. La iglesia es otra patria, al menos de ella no nos arroja el destierro.

La capilla era pequeña, pero estaba lujosamento adornada. En el fondo del santuario, bajo de un pálio de paño punzó bordado de oro, una madona de mármol tenia entre sus brazos al niño Jesus y le miraba con la inefable ternura de una Vírgen que acaba de dar á luz al Salvador.

Plantas poco comunes, flores nuevas y gavillas de lila blanca rodeaban el altar resplandeciente de luz. El órgano derramaba sus ondas de armonías; el incienso subia como nubes penetradas por un rayo del sol, en tanto que detrás de una verja, cubierta con una cortina, las relijiosas y las jóvenes cantaban con dulce y pausada voz: *Inviolata, integra et casta es, Maria.* En el instante y como en sueños ví que mi juventud habíase ido, que mis amigos habian desaparecido; y cayendo de rodillas lloré. No, la religion que penetra hasta el corazon por medio de los sentidos no es una idolatría; ¿porqué entonces nuestro cuerpo lo mismo que el alma nuestra no serviría al Señor?

Salí del convento y entré en la iglesia episcopal á algunos pasos de allí. Celebrábase la misa católica, pero ménos bien dicha y menos bien cantada. A la hora del sermon, un ministro ocupó una vasta tribuna, teniendo debajo del brazo un gran cuaderno que colocó delante de sí y que empezó á hojear lentamente. Era un manuscrito de sermones para los domingos y fiestas del año. Asi que el predicador hubo hallado el discurso que buscaba, púsose los espejuelos y empezó su lectura en un tono monotono en medio de la atencion profunda de la asamblea.

El tema que habia escojido, era la encarnacion eterna y la consustancialidad del Verbo, uno de esos misterios que desafian la humana intelijencia y ante los cuales los fieles no pueden hacer mas que inclinar la cabeza.

Pero nada arredra la audacia de un teólogo: con un testo, una deficicion y dos silojismos daria una leccion á San Pablo y suprimiria la fé.

A juzgar por el silencio que reinaba, el auditorio estaba piadosamente convencido. Jenny tenia los ojos fijos en el lector y no le perdia una palabra. Hubiérase dicho que ella comprendia hasta las citas latinas, griegas y aun hebráicas, de que estaba atestada la disertacion. Yo no creia que la escolástica tuviese tantos atractivos. Me retiré despues de la primera parte, porque tengo horror á tan estériles discusiones. Pretender demostrarme aquello que no se puede demostrar seria hacerme escéptico.

Admito el misterio, puesto que me rodea por todas partes. En la naturaleza como en mi alma, siento lo infinito que me ínunda; mas la razon me dice que puedo sentirlo y no conocerlo, yo que no soy mas que un átomo perdido en la inmensidad.

Yo no veo la mano que me sostiene y que sostiene igualmente los mundos; abandónome á ella y la adoro. Para entregarse á nosotros, Dios no nos dice que le comprendamos, pídenos que le amemos.

Al pasar por delante de los metodistas, pensé en Zambo y entré por curiosidad. La reunion era bastante numerosa y estaba muy animada. Las negras cubiertas de oro y de alhajas, ostentaban en los bancos el inmenso velámen y los torbellinos de sus crinolinas; los negros cantando con voz firme y lastimera alababan á Dios con todo el ardor de los corazones que aman. El ministro, negro de elevada estatura y semblante respetable, tomó la palabra y dijo un sermon que instruyó y me conmovió. No sé dónde aquel negro habia recibido su educacion teológica. Era un antiguo esclavo á quien la bondad de Dios, segun decia, habia librado de una servidumbre menos pesada y ménos vergonzosa que la del pecado; pero ese esclavo habia padecido y reflexionado: era un hombre! La vida le habia enseñado lo que no se enseña en las escuelas; su lenguaje enérgico y familiar iba derecho al corazon, lo que podia notarse en los estremecimientos de su auditorio.

Empezó elojiando el metodismo, relijion bendecida del Señor, decia, si habia de juzgarse por las conquistas que hacia diariamente. Enunció por estenso el número de fieles y la riqueza de las iglesias. Cuatro millas de co-

mulgantes, mil doscientos pastores, diez y seis mil templos, sesenta y tres millones en propiedades—tal era el fruto de un celo que no se amortiguaba.

A la vieja Europa que sujeta la iglesia al estado, manteniéndola en una minoridad perpetua, opuso la jóven América que deja al cristiano el cuidado de su culto como de su conciencia; y decia: Cuando la libertad se halla santificada por la relijion, hace milagros que el antiguo mundo sumido en sus preocupaciones no ha de ver nunca.

La Inglaterra, tan altanera con su opulencia, corrompe á sus obispos rodeándoles de un lujo pagano, y degrada á sus vicarios condenándoles á una miseria sin dignidad, en tanto que en las iglesias vivientes de los Estados Unidos, la piedad jenerosa de los fieles rodea de bienestar y de respeto al ministro que nada debe sinó á su grey.

Un príncipe créese un otro Constantino cuando por acaso erije y dota una capilla: los metodistas del norte solos han construído cuatrocientas cincuenta iglesias en 1860. Los pobres negros de la calle de las Acacias tratan mejor á su capellan que lo que lo hacen los reyes de Occidente.

—Pero, prosiguió con cierta mezcla de sagacidad y de candor, ese ministro tan bien rentado, debe pagar á los negros que lo han elejido una deuda que los capellanes de los príncipes no siempre chancelan. Esa deuda es la verdad! Escuchad pues, esclamó, lo que la verdad me obliga á deciros.

El negro tiene el corazon fácil y liberal la mano; esto es bueno, es cristiano; pero en ocasiones lleva tan léjos la jenerosidad que pone su alma en peligro. Vosotros direis que nunca habeis oido semejante cosa. Repítesenos que el cristiano espone su alma cuando cede á la avaricia, cuando se entrega á la codicia; pero ¿quién ha enseñado jamás que un hombre se pierde por esceso de jenerosidad?—Hermanos mios, yo os mostraré cuál es esa liberalidad pérfida: es aquella misma que ejercitais en la iglesia en el momento en que escuchais el sermon.

Si yo condenara la cólera ó la coqueteria, la embriaguez ó el desenfreno, ¿guardaría cada uno de vosotros para sí mismo esa leccion? ¿Se aprovecharia de ella? Bien, diría uno de esos hombres que se alimentan con aguardiente: conozco el retrato del bebedor: el ministro se refiere á Samuel, mi primo. Ea, borracho, todo eso es para tí. Bien, diria una de esas hermosas madianista que por adornarse con un nuevo vestido, arrastran á su marido á mentir y á engañar. El ministro tiene razon al poner de manifiesto los vicios de mis vecinos. Eso es para usted, señorita Deborah; y para usted, señora Ichabod. Todo se refiere á ustedes las coquetas, nada de eso reza conmigo.

De este modo, hermanos mios: un tercio dais al prójimo, otro á vuestros amigos y el último á vuestro marido ó á vuestra mujer. Hé ahí de qué manera resulta estéril la enseñanza del Señor, hé ahí cómo perdeis vuestra alma por esceso de jenerosidad.

Cristo es jeneroso, mas de otra manera; es un avaro que todo se lo toma para sí mismo; nuestros pecados, nuestras miserias, nuestros padecimientos; así le vemos en la cruz, con la cabeza inclinada, respirando con angustia como un hombre anonadado. ¿Cuándo pues, hermanos mios, cuando le tomaremos nuestra parte de esa pesada carga? ¿Cuándo aliviaremos de esa carga nuestro redentor y amigo Cristo, muerto por el esclavo y por el pecado?

Al oir este llamamiento la asamblea se puso de rodillas y en medio de lágrimas elevóse al cielo un formidable *¡Aleluya!* El impulso fué admirable; me cautivó tristeza. Yo no soy un aristócrata ni un plantador: creo que el negro no es un mono, desde que tiene manos y que habla; pero despues de lo que acababa de escuchar empecé á sospechar que el negro era un hombre como yo y tal vez mejor cristiano que yo. Esta idea me causó miedo. Zambo mi hermano! Jesu-Cristo muerto por esas cabezas crespas! Esto era mas de lo que podia soportar mi orgullo.

—Si esto es verdad, me decia al salir, ¡qué crímen es pues la esclavitud! Esta guerra civil que está arruinando al Sud, ¿no será acaso el castigo con que Dios hirió á Cain?

[*Continuará.*]

RECUERDOS.

[EN EL MAR.]

Por Juan María Gutierrez.

—

Noche! Teatro encantado!
Májica escena al ojo del viajero
Absorto y desvelado!
Pues ya que todo vuela,
Sobre la mar la vela,
Sobre la vela el viento
Y sobre la ilusion el pensamiento,
El sueño abre sus alas
En la noche de aromas que tú exhalas.
Noche de encantamiento!

Como ciertas amadas melodias,
El claro vacilar de las estrellas
Nos trae la memoria
De los felices y pasados dias,
De nuestra alba de inocencia y gloria
El puro aliento de las rosas bellas.

Piélago deleitoso
De imájenes dulcísimas al alma
Es aquel en que entonces nos perdemos!
Allí está el bullicioso
Infantil retozar, mientras en calma
Cruza el cielo la luna; allí nos vemos
Heridos del amor cantar de amores,
Y en airoso alazan, hijo del llano,
Ir donde anidan bellos picaflores
En tardes de verano.

Allí están de la escuela los amigos,
El puro objeto del amor primero
Y sus besos de almibar sin testigos....
Allí el rostro bondoso y placentero
De la madre y la hermana....
Pero ¡ay! se vuelve vana
Toda ilusion ante la hinchada vela....
Huye el ensueño y la verdad revela,
Que por la mar vengamos,
Y que la patria y nuestro amor dejamos.